

The book cover features a central archway with intricate Islamic geometric and floral carvings. The arch frames a view of the Alhambra palace complex in Granada, Spain, with its orange-red walls and towers. In the background, snow-capped mountains are visible under a soft, purple-tinged sky. The title is written in a golden, serif font within the arch.

La profecía DEL CORÁN

JESÚS MAESO DE LA TORRE

La profecía del Corán es una intensa novela donde se conjuga el suspense con el más estricto rigor histórico. Las luchas despiadadas entre el príncipe Pedro y los bastardos Trastámara, las intrigas cortesanas y los amores clandestinos en las interioridades del Alcázar de Sevilla, los secretos ocultos en un monasterio de monjas, las procesiones de flagelantes y el ajusticiamiento de herejes, sumergen al lector en un vívido y fascinante fresco medieval.

El protagonista, Yago Fortún, licenciado en medicina por Salerno y Salamanca, asiste y se enamora de la princesa nazarí Zubaida, rehén del rey de Castilla, y a través de ella entra en contacto con uno de los secretos mejor guardados del islam en al-Andalus: el extraviado y escatológico Corán conocido por los creyentes como «La Perla».

El médico y la princesa granadina, víctimas de un amor imposible, se dedican con afán a la búsqueda del codiciado libro y su inexpugnable secreto, empeño en el que también compiten reinas y sultanas, visionarias y clérigos iluminados, junto a sabios de los tres credos.

Con esta fascinante novela, Jesús Maeso regresa de nuevo a la época medieval, recreando con todas sus luces y sombras una arrebatadora trama centrada en los reinados de Alfonso XI y Pedro I el Cruel.

Parte I

Tiempo de ira

Y me llevó a un monte elevado mostrándome la ciudad. La luz que irradiaba era semejante a la más preciosa de las piedras y al jaspe cristalino. Y encaramados a sus doce puertas doce ángeles que portaban los nombres de las doce tribus de Israel.

Apocalipsis, 2.1, 10

El día del prodigio

Sobre la tibieza del alba se escuchó el galope de un corcel que se acercaba.

Al cabo, el jinete se detuvo en los cañaverales del río, se irguió sobre los estribos para ver si era observado. Siguió un momento de desesperante calma y un golpe seco, como el zambullido de un remo en el agua. Luego el carbrioleo del caballo y una grotesca silueta desapareciendo entre las sombras imprecisas.

Dos viajeros que dormitaban entre los herbazales despertaron alarmados, pero tan sólo percibieron el bufido de las bestias pastando en la algaida y el croar de las ranas. Huían de la pestilencia y de las catervas de flagelantes que infectaban Palermo, Calabria y Provenza, temiendo que Dios dispersara el vómito negro por las merindades de Aragón y Castilla. Y después de eludir no pocas dificultades por trochas y caminos inacabables, aquel sorprendente trance los inquietó.

El más viejo se incorporó acuciado por una malsana curiosidad, soltó el tabardo y asiendo un cuchillo corvo se dirigió al lugar donde se había detenido la cabalgadura, mientras su compañero de viaje se revolcaba en el capote como un gusano soñoliento. Caminó medrosamente y a pesar de la escasa luz vio un fardo que poco a poco se sepultaba en el légamo de la ribera, que se espesaba cenagosa. Se fijó con intensidad, escapándosele un lamento de incredulidad.

—Que pierda mi alma si no parece una criatura —se sobresaltó.

Atrajo hacia sí el bulto y deshizo el burdo nudo, apareciendo ante sus ojos el cuerpecillo exánime y ensangrentado de una recién nacida envuelta en una toca de lino blanco que despedía una fetidez hedionda.

—Por Cristo Crucifixo.

Escupió mientras se incorporaba su compañero, que exploró minuciosamente el atadizo y quedó agarrotado por la brutal impresión. Advirtió su boca abierta, y la lengüecilla negruzca inclinada hacia un lado.

—Es una criatura nonata y ha sido extraída de las entrañas de la madre antes de cumplir la luna —aseveró con irritación—. No obstante, la envoltura me es familiar.

—Monjas del Císter —explicó el viejo—. He pasado media vida entre claustros y conozco esta mantilla. Hábito de San Bernardo, créeme.

El joven la cubrió con ternura sintiendo un agujonazo de desesperanza.

—Ni en los conventos se administra ya caridad —se lamentó.

—Algunos se han convertido en burdeles para nobles donde la lujuria resulta lícita. La enterraré para librarla de las alimañas —dijo el anciano—. Seguro que ni tan siquiera le han administrado el santo crisma. Una cría no nacida y difunta acarrea malos augurios.

—La barbarie y la impiedad se han adueñado de estos reinos —comentó su compañero—. Prepara las caballerías. Las puertas de la ciudad se abrirán pronto.

El buen tiempo se había mostrado al fin convocando los aromas perfumados de la primavera, aunque el día había apuntado gris, lamido por un sol bronceo de velados tonos púrpura. Los dos viajeros, mudos y con los humores alterados, cruzaron los Alcores y se unieron al tráfago de

transeúntes en dirección a la ciudad que despertaba del letargo nocturno estimulada por los primeros humos. El anciano, acomodado en el pescante, gobernaba una desvenijada tartana en la que colgaban bolsas de dientes, huesos, lancetas para hender y sangrar y vasijas con brebajes, ungüentos y emplastos, mientras el otro lo seguía sobre una mula rezongona.

En la lejanía se oyeron los crujidos de los portones que se abrían de par en par; adelantaron a una hilera de ciegos que hilvanaban sus letanías de jaculatorias y llegaron al promontorio de Santa Justa, donde se detuvieron para contemplar el diamantino perfil del emporio del sur, Sevilla, su añorado destino, abrazado como una hembra opulenta por sus rojizas atalayas.

Un mes largo de rutas inseguras, navegación incierta y privaciones sin término, acumulaban en sus espaldas los dos viajeros, pero, por fin, ante sus ojos emergía la urbe fronteriza levitando entre el apacible regazo del Guadalquivir, la pureza de su caserío y el vergel de su alfoz, donde florecían los cidros, palmeras y arrayanes. Entre las almenaras gallardeaban como relicarios el baluarte alminar de la catedral con las cinco esferas doradas y la media luna, y la Torre del Oro, la Burj al-Dhahab, cuyos azulejos heridos por el fulgor de la amanecida parecían espejos.

La mirada del más joven, un doncel de aspecto galán, aunque sobrepasaba con creces la veintena, se iluminó con la apacible imagen que había surgido ante ellos, prendado de su calidez. Aspiró las fragancias cerrando sus ojos serenos que tanta confianza inspiraban en sus semejantes, se quitó el bonete de fieltro verde y dejó al descubierto una nariz aquilina sobre un poblado bigote, perilla pulcramente recortada y una corta melena castaña que enmarcaba un semblante aceitunado y varonil. Aunque algunos lo despreciaban por ser físico y sanador, sabía conducirse como un caballero.

—Me lo dice mi instinto, Farfán, aquí olvidaremos nuestras penas y cimentaremos un futuro halagüeño. Y si el Creador nos ayuda, la vida nos mostrará su cara más grata —le aseguró a su acompañante, un anciano achaparrado, de edad indefinida, piel marchita y cabellera estriada de hebras blancas, que lo miró enarcando sus cejas enmarañadas.

—Nuestra vida consiste en trajinar con este carro de aquí para allá, curar pústulas y flujos y comer pan leudado con cecina, así que tanto me da sentar mis posaderas aquí, en Zaragoza o en Toledo. Soportarla se está convirtiendo para mí en el heroísmo supremo —fue la lapidaria respuesta.

—La existencia es un bien mezquino, lo sé, pero indispensable, y tanto las risas como las lágrimas merecen por igual nuestra consideración —le sonrió el joven arreando la mula.

Dejaron a un lado las exuberantes huertas, mientras el viejo Farfán desviaba su mirada hacia una bandada de cornejas que atravesaban los baluartes en vuelo alocado.

—¡Mal farío! Pájaros agoreros por la siniestra. —Y frunció el entrecejo.

Rebasaron a una cuadrilla de braceros en el acueducto de la Puerta de Carmona, una de las catorce que jalonaban el lienzo amurallado, y se adentraron en la urbe tras desembolsar un maravedí por el portazgo a un malencarado oficial que husmeaba leprosos ocultos entre las cofradías de los tullidos, o algún moro granadino encubierto en las recuas de acémilas. Para los recién llegados, descubrir un burgo tan opulento como Sevilla y sumergirse en su cotidiana confusión, era puro deleite.

Las blancas plazuelas adornadas con geranios, los adarves de zócalos amarillos, los mercados y las callejuelas se les ofrecieron con sus efluvios a fritangas y especias, transitados por una bulla de buhoneros, damas perfumadas, zagales de sonrisas cándidas, clérigos arrogantes, atareados

aprendices y ciudadanos ociosos, que se apartaban al paso de los carromatos, en su caótico transitar hacia el puerto, atestado de galeras y exóticas mercaderías de Oriente, Flandes, Berbería y África, al baratillo de los Alatares o al mercado de los alfareros de El Salvador.

Atraídos por la exuberante munificencia, se encaminaron hacia el Alcázar, esquivando con apremio el «¡agua va!» de los bacines nocturnos, dándose de bruces con las gradas de la antigua mezquita árabe, convertida por el Cabildo en catedral de Santa María de la Sede, y con el alminar morisco, ahora campanario cristiano, cuya integridad había exigido el rey Fernando a los vencidos almohades so pena de pasarlos a cuchillo si tocaban uno sólo de sus sillares.

Siguieron por las callejuelas de Francos y, al desembocar en la plazoleta de San Francisco, contemplaron a tres reos horrendamente torturados, posiblemente malhechores o judeznos, agonizando en el cepo y atormentados por enjambres de moscas y por la sed. Un sodomita, con los ojos vaciados y convertido en una pura llaga, padecía en la picota el escarnio de los paseantes entre gemidos. «Reo del pecado nefando», se leía para escarmiento en una tablilla colgada al cuello. El criado escupió sobre el bujarrón y se santiguó, mientras el joven apartaba la mirada. Para un solo día le parecía haber soportado sobrada crueldad.

Escudriñaron entre las tiendas del zoco de las especias y se detuvieron en el zaguán de un establecimiento singular, atraídos por el rumor de aguas que discurrían en los aljibes y por los sahumeros de espliego y sándalo que exhalaba el *hamman* morisco. Se trataba del baño de la Reina Juana, ubicado a espaldas de la ermita de San Ildefonso entre umbrías de yedras y tan insólito como desconocido en las tierras del norte de donde procedían. El más joven preguntó con calculada simulación al criado, conociendo de antemano la respuesta:

—Farfán, ¿nos remojamos los cueros y nos aliviamos de la mugre del viaje? Falta nos hace. Vamos, ánimo, tu pe-

lleja necesita que la expurguen.

—Señor, tú haz lo que te venga en gana, pero yo no cumplo con el agua hasta Pentecostés. Así que me quedo guardando las caballerías —esquivó el envite.

Pasada una hora apareció el joven relamidamente aseado, mientras el criado se había adormecido con las oleadas de calor del mediodía. Dejaron las albercas en dirección al bullicioso barrio de Omnium Sanctórum, bordeando la hedionda laguna de la Feria, hasta que atraídos por una tonada zumbona y el olor a guiso, se llegaron a un mesón con galerías abiertas a un patio con pozo encalado y abrevadero.

Balanceándose entre pámpanos secos, un bronce pregonaba en letras pajizas el nombre del figón, Mesón del Sol. El posadero, un cojitranco picado de viruelas los miró de arriba abajo y ojeó sus exiguas pertenencias, el deslucido carromato y los jubones recosidos, aunque no dejó de advertir la gallardía del más mozo. Con gesto servil los acompañó a la cuadra y después a un cuartucho de mezquino mobiliario y catre con copiosa dotación de chinches, exigiéndoles con la mano extendida unos maravedíes de adelanto. No podían exigir nada mejor, pues por más que rascaban la faltriquera no aparecían más de media docena de monedas.

Los nuevos inquilinos se acomodaron en unos bancos de la hospedería, donde un zagal de rasgos africanos les sirvió vino almizclado, queso de cabra y dos escudillas con un buen guiso de buey, calabaza y berza, que acometieron con gusto. Observaron que por aquel andurrial aparecían diseminados diversos burdeles y trastiendas, frecuentados al parecer por lo más ruin de la ciudad.

—Por un par de maravedíes no debe de ser difícil acoplarse con una hembra placentera —aseveró el ayo hurgándose entre las muelas.

—Pero por lo que veo las más son moriscas y putañas viejas. Aguantaré, Farfán.

Y cuando se disponía a apurar el plato, miró hacia el callejón y detuvo su mirada. En aquel instante pasaba una excéntrica mujer, seguida de dos dueñas y un corbacho enano y malformado, que atrajo su interés e hizo que se estremeciera. Parecía dueña de sus sentidos y de su voluntad y algunos tullidos la seguían implorándole caridad. No iba acicalada y se asemejaba a un ser andrógino de rasgos indeterminados, ante el que las gentes se inclinaban y persignaban con indecible temor. Su indumentaria, un sayal blanco como una mortaja, mostraba en el pecho una cruz y unas lenguas llameantes a la usanza conventual. La religiosa poseía una mirada de devastadora seducción y, acuciado por la curiosidad, se asomó a la ventana para mejor contemplarla, pero se había desvanecido tras la esquina en el laberinto de callejuelas.

—¡Maldita sea! —se lamentó, tratando de ocultar su desilusión.

—Te noto apesadumbrado, amo. Verdaderamente esa sierva de Dios te ha impresionado. Cómo te atrae tejer ilusorios desvaríos en tu cabeza. Nunca cambiarás.

—¿Quién es esa mujer, mesonero? —lo interrogó, mientras escanciaba un morapio aguado con olor a almizcle—. ¿La conocéis?

—¿Quién no conoce en Sevilla a la madre Guiomar? Es monja milagrera y dicen que cura nascencias y postemas y que ahuyenta demonios y maleficios. No es profesa, sino de aquellas que sin votos se encierran entre las paredes de un convento para hacer caridad. Asiste a los peregrinos y predice hechos venideros. Muchos la temen pues conoce las artes mágicas, por eso quizás se ha librado en más de una ocasión de la hoguera. Yo prefiero no acercarme a ella, señor; es confidente de la reina María, y una mujer engañada resulta peligrosa.

—Bien, Farfán, no perdamos el oremus y durmamos una plácida siesta. Más tarde Dios proveerá. —Y esquivando a

una piara de cerdos se entregaron a un sueño reparador en la frescura de la alcoba.

Entre el zumbido de las abejas y la oscuridad del aposento quedaron vencidos por el cansancio. Sin embargo, un progresivo rumor de voces, alarmadas carreras, esquilas reticentes, portazos precipitados y el rasgar de enaguas deslizando por la posada, los despertó. Descorrieron los malolientes visillos y saltaron de los jergones. Y no podían creerlo. Siendo media tarde, parecía el crepúsculo.

—Pero ¿no estaba el día sereno? ¡Qué tormenta más extraña!

—Parece como si el sol se hubiera oscurecido —replicó Farfán.

Súbitamente los pulsos del aire se detuvieron y los naranjos, antes como ascuas, se sumieron en una opacidad gris. Partieron atropelladamente hacia los arenales por la Puerta del Ingenio, siguiendo a un gentío silencioso que abandonaba sus casas atemorizado con el tono del firmamento que se ennegrecía por momentos. El ambiente se hacía intolerable, en tanto que una gélida tenebrosidad parecía ahogar a la ciudad entera. Se escucharon lamentos destemplados, mientras las ratas huían despavoridas a ocultarse entre los fardos.

Las campanas, que antes tocaban a rebato, enmudecieron, y los trinos de los pájaros y el estrépito de los obradores se silenciaron de golpe. Las gentes asomaban la cabeza por los ventanucos, cerraban celosías y murmuraban ensalmos con el espanto dibujado en el rostro, tratando de encontrar la explicación a aquellas inexplicables tinieblas. ¿Erraban las sabias leyes de Dios que regían el mundo?

—Mirad, al sol se le enfrenta otro astro y lo cubre convirtiéndolo en sangre —sentenció una matrona viendo que el sol desaparecía.

—Es el reino del Anticristo que se manifiesta —replicó un clérigo aterrado.

Y tras unos centelleos iridiscentes, la negrura fue viniendo a la claridad, y un planeta errante se interpuso entre sus miradas y el sol, ahora de color avellana. El ocaso, en plena tarde, había descendido sobre el burgo y un negro abismo se enseñoreara de los cielos. Un espanto supersticioso cundió entre sus moradores, y a Farfán, con las pupilas clavadas en el prodigio, le corrió un sudor frío por la nuca.

—Señor, el aire se hace cada vez más frío y nauseabundo. Las criaturas están espantadas. Este portentoso nos acarreará infortunios.

—Serénate —le explicó el doncel—. El olor se debe a las espumas del río y a los obrajes de los curtidores, y el fenómeno cesará pronto. Los astrónomos lo llaman eclipse, y se trata de un entenebrecimiento pasajero del sol.

Pero la ocultación pareció eternizarse; los vecinos, presas del pánico, abandonaban sus puntos de observación y huían a las iglesias y los rapaces se escondían entre las faldas de sus madres, como si temieran el poder de aquel lance sobrenatural que nada bueno auguraba.

—¿No oléis a azufre? La segunda venida se acerca —gritó un fraile acongojado—. Aseguran que en Córdoba un rayo ha descuajado la cabeza de un san Rafael y que en Roma y Aviñón se alzan graves apostasías contra Cristo.

—Y manadas de lobos hambrientos y endriagos han llegado hasta el sepulcro del Apóstol —aseveró un arriero asustado.

—Signos inequívocos de que la Bestia afila sus diez cuernos —sentenció un capellán atemorizado—. Los espíritus malignos se apropian del cielo. ¡Dios bendito!

—La madre Guiomar lo presagió: «El sol se vestirá de luto, la luna se volverá de sangre y las estrellas caerán del

cielo como higos pasados» —recordó el fraile.

El pavor cundió por los arenales y resonaron las jaculatorias en una jeremiada de súplicas, como queriendo con sus lamentaciones intimidar a la estrella errática y apartarla del recorrido del sol. Así permanecieron, paralizados, hasta que gradualmente la inmolación del sol fue concluyendo, trocándose el espectral matiz del firmamento en una tonalidad encarnada, para luego desparramarse en una cascada de luz vivísima que obligó a apartar la mirada a los escrutadores. Tras un lapso de silencio, éste se rompió en una eclosión de alborozo; toda suerte de chismorreos se alzaron por doquier y se oían las más peregrinas interpretaciones del suceso.

—*¡Sancta María Dei genitrix, ora pro nobis!* —rezó un capellán de rodillas.

Se abrieron los postigos y corros de agoreros se agruparon en las esquinas sentenciando sobre la asombrosa maravilla. Los bronces de las iglesias iniciaron tímidamente sus tañidos y como era previsible, el carillón de la catedral convocó a una procesión de desagravio.

Alentada por los dominicos arrastró tras de sí a una turba de devotos angustiados que recorrieron las calles entre rezos y fumaradas de incienso, suplicando al Salvador que aplacara su justa cólera, y agradeciendo la providencial restitución del astro. Los guiaba un monje de pupilas enfebrecidas y sayal polvoriento, que como un Leviatán recitaba versículos del Apocalipsis, enarbolando un rugoso crucifijo:

—Los idólatras del Maligno y los falsos conversos han quebrantado la alianza de Dios. El Cordero se acerca y el astro vagante lo proclama.

—*¡Señor todopoderoso, el que era y es y ha de venir!* —rezaban.

El tropel se adentró en la catedral donde otros clérigos exhumaron las reliquias de san Florencio y en medio de una histeria de lamentaciones agoreras, los arengaban con anatemas bíblicos. Un fraile de grasientas barbas abrió el

saco de las iras escatológicas señalando a los relapsos judíos como causantes del desvarío del curso solar.

—*Miserabile magnum!* —imprecaba crispado—. Esa ralea maldita que clavó a Cristo en la cruz aventó diablos en sus sinagogas para alterar las órbitas de los astros.

—*Ora pro nobis, Domine* —rezaba la turbamulta atemorizada.

—Las señales no mienten, homúnculos velludos que devoran corazones en Berbería, súcubos que pregonan el desorden en Aquitania, mujeres que paren bestias en Tolosa. ¿Necesitáis más signos? —vociferaba el predicador—. Caija el estigma de Dios sobre esa ralea maldecida.

La cizaña se sembraba en el corazón de los enardecidos suplicantes, que entre los vapores de las preces habían encontrado el chivo expiatorio del prodigio, reavivando la aversión hacia los judíos que, encerrados en la judería por orden del alcaide y del gran rabí hebreo, aguardaban temerosos que pasaran los miedos.

Con el crepúsculo, el religioso impartió la bendición sobre las cabezas humilladas de los congregados, conminándolos a estrechar el celo ante las sutilezas del Maligno y permanecer atentos a las herejías anunciadas por el hecho cósmico. Y apresuradamente, los fieles fueron dispersándose por la Lonja de los Placentines, ojeando a su alrededor por si divisaban la amenaza de algún *marrano*^[1] de nariz corva.

—Estas gentes se hallan espantadas por los barruntos del cielo —comentaba Farfán camino de la fonda.

—Y dominadas por la ignorancia y la visión penitencial del mundo que tienen estos clérigos —contestó—. Mucho me temo que muy pronto oleremos a chamusquina de judíos, cuando en verdad el prodigio del que hemos sido testigos revela el orden natural de Dios.

—El universo está repleto de rarezas pasmosas —dijo Farfán, admirado.

—Mis maestros de Salamanca y Montpellier, utilizando las esferas de Nicolás de Oresme y las tablas de Roger Bacon pronostican de antemano estas maravillas. Este misterio tan alarmante, no es sino un fenómeno más de la inefable lógica del universo.

Un cálido soplo de azahar oreó las cercanías de la posada y aspiraron con delectación el aroma. Se apresuraron y decidieron acallar el apetito con unas hogazas, un vinillo de Guadaira y un trozo de cecina, y aguardar lo que la Providencia les reservara para el primer día de trabajo.

Ya en la soledad del cubículo, el joven, antes de apagar el candil, hurgó en la bolsa extrayendo una escarcela donde guardaba sus pertenencias más preciadas. La desató cuidadosamente y sacó de ella un cilindro de cobre que encerraba sus títulos de licenciado por la Schola Salernitana y la Universitas Helmantica. Atrás quedaban los años de estudios en las aulas salmantinas y el hospedaje de la calle de la Rúa, el agotador peregrinaje junto al fiel Farfán por los villorrios de Castilla y Aragón, sanando bubas y restañando huesos, y la estancia en Carcasona, Salerno y Montpellier, donde se había familiarizado con las enseñanzas de Arnau de Vilanova, el rigor de la cirugía del maestro Mondino y las teorías islámicas de Masihi, muy en boga entre los médicos de Occidente.

Evocaba sus largas noches de estudio rebuscando como un hurón en bibliotecas antiguas, en los anaqueles de los monasterios donde curaba, abrasadas las manos con el sebo de las candelas, hurgando entre el polvo pergaminos arábigos de medicina de la época de esplendor o códices de los cirujanos de Córdoba, la esencia perdida del saber médico.

Empujados por la peste habían decidido declinar una oferta en Zaragoza e iniciar en el emporio del sur una nueva vida, aun a pesar de que el criado insistiera en que los presagios del primer día no podían ser más funestos, y que su estancia en aquel burgo acabaría mal. Abrió las páginas